de mi dolor estas páginas, se levanta como una visión del pasado, un grupo fotográfico de nuestra juventud, que me transporta á tiempos y lugares más felices: dos jóvenes agrupados en el interior de una celda, alrededor de un Dominico abismado en la lectura de un infolio.

La celda... estuvo en la calle de la Pasión. El dominico... fué más tarde Cardenal Primado de las Españas. El infolio contenía los comentarios de *Juan de Santo Tomás*... En cuanto á los jóvenes, el uno fué arrebatado de pronto por la mano de Dios... el otro, atónito y espantado al golpe, vaga desorientado y errante como el ciervo que en la intrincada selva, viendo caer herido por el rayo al compañero de su vida, recorre á la ventura los bosques donde corrieron unidos los años felices de su juventud, deteniéndose en lo alto de todas las cumbres que traspone, para interrogar á los ecos por el que se fué para no volver, dejándole sumido en las tristezas de inesperada soledad.

DON ROBERTO FRASSINELLI.

Acabo de recibir su papeleta mortuoria. Murió en Corao, entre los vestigios de la antigua colonia romana; cerca de Santa Eulalia de Abamia, donde estuvo el sepulcro del Rey Pelayo; á corta distancia de Covadonga, donde dejará recuerdo imperecedero; á la vista de las Peñas de Europa, teatro de su vida salvaje y aventurera, y objeto de la pasión que le hizo olvidar todas las comodidades de la civilización y todas las aspiraciones de la vida.

Alemán por todos cuatro costados, vino á España en aquella época feliz para *anticuarios* y *bibliófilos*, en que los tesoros de la desamortización se malbarataban en las ferias y baratillos en nombre del progreso y de las luces, y sus conocimientos literarios y artísticos, superiores á los de la generalidad de sus contem-

poráneos españoles, le produjeron rica cosecha de adquisiciones arqueológicas. Su minucioso y exactísimo modo de dibujar le permitió conservar en verdaderas *fotografías de lápiz* el recuerdo de monumentos arquitectónicos que la piqueta revolucionaria ha convertido en miserables ruínas. Carderera y Fernández-Guerra decían que las inscripciones copiadas por Frassinelli eran más fáciles de descifrar que los originales esculpidos en las antiguas piedras, y las carteras del arqueólogo alemán conservan los restos de monasterios y castillos que descubrió en sus largas correrías á pie, en los más apartados valles de las más remotas montañas, y de los que ya no existe ni la más lejana memoria.

La generación, desaparecida ya en los abismos de la muerte; aquella generación de eruditos y de literatos, en que descollaban Gallardo, Estébanez Calderón, Durán, Pidal, Ochoa, Morante, Hartzenbusch y tantos otros cuyos nombres están inscritos con letras de oro en los fastos de las antiguas Academias, estimaban en todo lo que valía á Frassinelli, y pocos son los que no legaron á sus herederos, como recuerdo del dulce y sabio alemán, algún incunable, alguna tabla flamenca, algún dibujo en que aclaró la borrosa inscripción ó la confusa figura labrada por artístico cincel en los

siglos medios sobre los monumentos de la patria.

Pero si el arqueólogo y el artista eran en su tiempo una notabilidad, arqueología y arte palidecían en él ante el culto ardiente que profesaba á la naturaleza. Covadonga le enamoró la primera vez que, deslizándose por el angosto y tortuoso camino que desembocaba frente á la cueva, se le apareció en toda la salvaje majestad é histórica grandeza de aquel lugar, cuya extrañeza, según el cronista de Felipe II, «no se podía dar bien á entender del todo con palabras.»

Allí sentó sus reales, creando en la pintoresca aldea de Corao aquella casa modesta, con su jardín primorosamente cultivado y su cueva, aquella cueva habitada, según la tradición, por el *Cuelebre* fantástico y sanguinario, y de la que salía al obscurecer para vagar por su jardín la gigantesca lechuza domesticada por el sabio alemán, para reflejar en sus anchas alas los plateados rayos de la luna.

Pero su verdadero teatro eran los *Picos de Europa*, *Peña Santa*, la *Canal de Trea*, los gigantescos *Urrieles* asturianos.

En ellos se perdía meses enteros, llevando por todo ajuar un zurrón con harina de maíz y una lata para tostarlo al fuego de la yerba seca, su carabina y los cartuchos. Vino no lo

bebía: bebía agua en la palma de la mano; carne, sólo la del robeco que abatía el certero disparo de su escopeta, y cuya asadura tostaba sobre la misma lata al mismo fuego. Dormía sobre las últimas matas del enebro que avecinan la región de las peñas y de las nieves; se bañaba al amanecer en los solitarios lagos de la montaña, y al recogerse, después de la penosa ascensión á los altos picos, se refrescaba revolcándose desnudo sobre la nieve. En las noches de luna trasladaba á su cartera los fantásticos picachos de la caliza, los girones desgarrados de la niebla, los ventisqueros olvidados entre las rocas, el águila erguida sobre la peña colosal, el robeco trasponiendo la cortante arista de la cumbre.

Yo cacé con él en aquella agreste y sobre toda ponderación salvaje comarca. Subí con él á las enriscadas majadas de *Ario*, le acompañé en la peligrosa ascensión de *Peña Santa*, descendimos juntos á los abismos por donde corre el espumoso *Cares*, y le vi atravesar impávido los ventisqueros, erguirse sereno sobre los imponentes *argayos*, y arrastrarse tranquilo por las verticales pendientes de las simas, agarrándose á las rugosidades de las peñas, á la grama que entre sus grietas reverdece, á la endurecida nieve petrificada en las umbrías por la indefinida acción del tiempo y del frío.

De noche nos guarecíamos en una miserable cabaña sin más abrigo y poco más espacio que el de una hoguera, á cuyo alrededor nos agrupábamos; sin víveres apenas, pues no consentía mucha carga el género de nuestra expedición investigadora; acompañados, es verdad, de los célebres *cainejos*, los *hombres-gamuzas* de aquella región, los ribereños de aquel *mar de piedra*, en cuyos inmensos *joos* encuentran de padres en hijos el sustento de su miserable vida. y por fin el sepulcro para su trágica muerte.

Nunca podré olvidar la impresión que me causaron la primera vez que los divisé en compañía de Frassinelli.

Sentado en la más alta cumbre de la majada, reponíame apenas del asombro que me acababa de causar la súbita aparición de las caladas agujas y de las gigantescas torres de los *Urrieles*, á través del tupido manto de niebla desgarrado por las brisas del mar, y disipado y deshecho por los rayos del sol, y pidiendo noticias al más rústico de los cabreros que, apoyado en su cayada, me contestaba, sumido en la misma contemplación á pesar de su rudeza y de la costumbre, le preguntaba el modo mejor de verificar la ascensión á aquellos verticales picos.

—Ahí, sólo esos demonios de *cainejos* pueden

cazar... que se pegan como moscas en las peñas,—me contestó.

—¿De dónde son esos *cainejos?*—le pregunté.

—¿De dónde han de ser? De *Caín*. Un pueblo colgado ahí abajo, á donde no se puede entrar ni salir, y donde viven todos de la caza... *¡Allí los tenéis!*—añadió con el tradicional tratamiento de su antiquísimo lenguaje, señalándome las más tajadas aristas de un insondable precipicio. Seguí con los ojos el tosco cayado del pastor, y se me heló la sangre en las venas. Como una mosca imperceptible en el cuello de una botella, para seguir la comparación del pastor, un sér con figura humana acaba de aparecer en medio de la arista de una encumbradísima peña cortada á pico, sin que se pudiera comprender cómo humanamente podía sostenerse allí, en aquella luciente y bruñida vertical, colgada sobre el abismo. Un grito gutural, salvaje, ronco, resonó en las concavidades del *joo*. Un peñasco ciclópeo sacado de su secular equilibrio por el brazo poderoso del cainejo, cayó, que no rodó, por la pendiente, y chocando contra las puntas de las peñas, asordó el valle todo entero. Las gamuzas que se refrescaban acostadas en las grandes manchas de nieve, se pusieron en pie, irguieron sus cabezas adornadas con los airosos cuernecillos, y el poderoso macho que los capitaneaba lanzando su penetrante silbido, se lanzó al galope, seguido de todos los demás, por las escabrosidades de las peñas.

No tardamos en oir una detonación, y entre el humo producido por el disparo, vimos levantarse de una peña suspendida al borde de un desfiladero á otro cainejo que, corriendo tras de su pieza despeñada, la alcanzó, la remató y degolló, y aplicando sus labios á la herida, bebió largamente y con delicia la caliente sangre del gallardo habitante de los abismos.

Desde entonces no me separé de los *cainejos* todo lo que duró la expedición. Quizás debí al brazo de alguno poder contar lo que ahora escribo, y no hubiera sido posible, sin su ayuda, aquella vertiginosa bajada que desde los más altos picos de Cornión emprendimos, huyendo de las nieblas que amenazaban envolvernos en lo más peligroso de la montaña, hasta avistar á media noche la luz que arde perpetuamente en la sagrada cueva, delante de la imagen de Nuestra Señora, en los históricos lugares de Covadonga.

Y sin embargo, durante aquella penosa expedición, el anciano alemán apenas probó otra cosa que leche y agua; se mantuvo constantemente á la cabeza de la partida, y desafiaba el extremado rigor del frío en las noches cla-

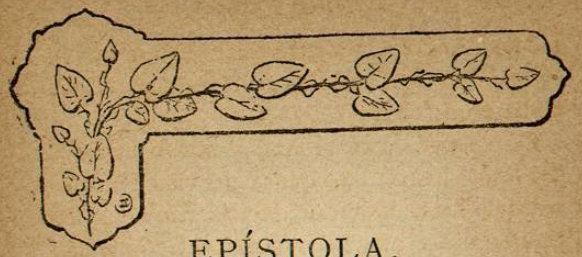
ras para enriquecer las páginas de su álbum de dibujante.

Aún le estoy viendo, después de seis horas mortales de bajada *á plomo*, primero por las peñas, luego deslizándonos por las nunca pacidas ni segadas yerbas de la *Cabritera*, y por último, suspendidos de los árboles que brotan en aquellas paredes, paralelos al suelo, agotar el rústico depósito de una fuente con su fanática pasión por el agua de las montañas. Era el momento en que uno de nuestros compañeros, el agil *Ruperto*, de Caín, suspendido á muchos cientos de metros de altura, del cañón de su carabina que había introducido en el agujero de una lisa é interminable pared de peña para alcanzar con los pies un imperceptible fragmento de cornisa, convencido de la impotencia de sus esfuerzos, luchaba en vano por retroceder. ¡Terrible instante!... Mientras más seguros, sobre nuestros pies destrozados, contemplábamos aterrados aquella escena, oíamos á nuestro compañero de expedición, el célebre canónigo de Covadonga *D. Máximo*, pronunciar las sagradas palabras de la absolución *in articulo mortis*, mientras su mano, abandonando la escopeta, trazaba el signo redentor en los aires. Como si Dios hubiera reanimado sus fuerzas, el *cainejo* hizo un esfuerzo desesperado y supremo, y consiguió izarse nuevamente sobre los pies en la cornisa abandonada... Momentos después corría como si tal cosa por las asperezas apenas salientes de la tajada peña estimulado por nuestros aplausos y las voces del *sabio alemán*, impaciente porque llegara á tiempo á cortar la retirada de los robecos.

Era, en efecto, un hombre muy original el *Alemán de Corao*, como lo llamaban los montañeses, y su originalidad lo mismo se prestaba á la admiración que al ridículo. El respeto á la muerte me veda tratar aquí la parte cómica de sus extraordinarias teorías y aventuras, de sus inverosímiles narraciones; pero sea de ello lo que quiera, siempre será cierto que Covadonga ha perdido una de sus personalidades más características; un extranjero arqueólogo y artista, que enamorado de la grandiosa naturaleza asturiana, renunció á todas las ventajas de la vida para sumir su alma en la contemplación de aquellas bellezas sublimes, que sólo se pueden comprender en todo el encanto de sus misterios internándose y como perdiéndose allá en los laberintos sin término de aquellas torres de piedra, de aquellos bosques impenetrables, de aquellos lagos solitarios, de aquellas cuevas gigantescas que pueblan aquella región inaccesible á todo ánimo temeroso, á toda planta insegura, á todo espíritu, en fin,

menos tocado del amor irresistible á lo infinito que embargaba al ilustre alemán que acaba de bajar al sepulcro.

Covadonga lo recordará, y serían ingratos sus hijos si entre las lápidas que visten las paredes de los claustros del Monasterio no se leyera en una el nombre del extranjero alemán hijo adoptivo de aquellas montañas, arqueólogo, dibujante, arquitecto, bibliófilo, literato, botánico, médico, que reconcentró todo su amor en aquellos lugares donde solía vivir constantemente y á donde quiso volver pocos días antes de su muerte, como si misterioso aviso le indicase su próximo fin, y como si quisiera que sus huesos reposaran á la vista de aquellas agujas de piedra que tantas veces conquistó con la firmeza y la tenacidad de su lápiz y de su planta, á la sombra del venerable santuario que tuvo durante cerca de medio siglo en él uno de sus más devotos admiradores y fervientes panegiristas.



EPÍSTOLA.

Sr. D. Carlos de Haes.

Mi querido compañero de... fatigas: Como sé, bien á mi costa ciertamente, lo flaco que es usted de memoria, me voy á permitir recordarle, por vía de prefacio, al asunto que motiva esta epístola, una de aquellas entrecortadas y deliciosísimas conversaciones que sobre el agudo pico de una tajada roca á cuyos pies venía á estrellarse soberbia ó á morir silenciosa la ola de azul y plata del embravecido mar Cantábrico, solíamos entablar, cuando con el pincel en una mano y la paleta en la otra inmortalizaba usted sin esfuerzo una de aquellas tablas que, á semejanza de tantos hombres en la tierra, ajena por completo á las veleidades del destino, formaba poco antes humilde, la más humilde tapadera de los aromáticos habanos que, pendientes á la sazón de nuestros labios, se deshacían con mis ilusiones en un poco de humo que en azuladas espirales se